

Tierra, libertad y autonomía: impactos regionales del zapatismo en Chiapas

Shannan L. Mattiace, Rosalva Aída Hernández y Jan Rus
(editores)

Tierra
y
Libertad

ZAPATA



306.08997072

T782t

Tierra, libertad y autonomía: impactos regionales del zapatismo en Chiapas/eds. Shannan L. Mattiace, Rosalva Aída Hernández y Jan Rus. - México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social: International Work Group for Indigenous Affairs, 2002.
442 pp. : ils. maps. ; 23 cm. - (Antropologías)

Incluye bibliografía.
ISBN 968-496-443-9

1. Indios de México - Chiapas - Condiciones sociales.
2. Indios de México - Chiapas - Condiciones económicas.
3. Indios de México - Chiapas - Relaciones con el gobierno.
4. Ejército Zapatista de Liberación Nacional (México). 5. Cam-pesinos - Insurrecciones - México - Chiapas.

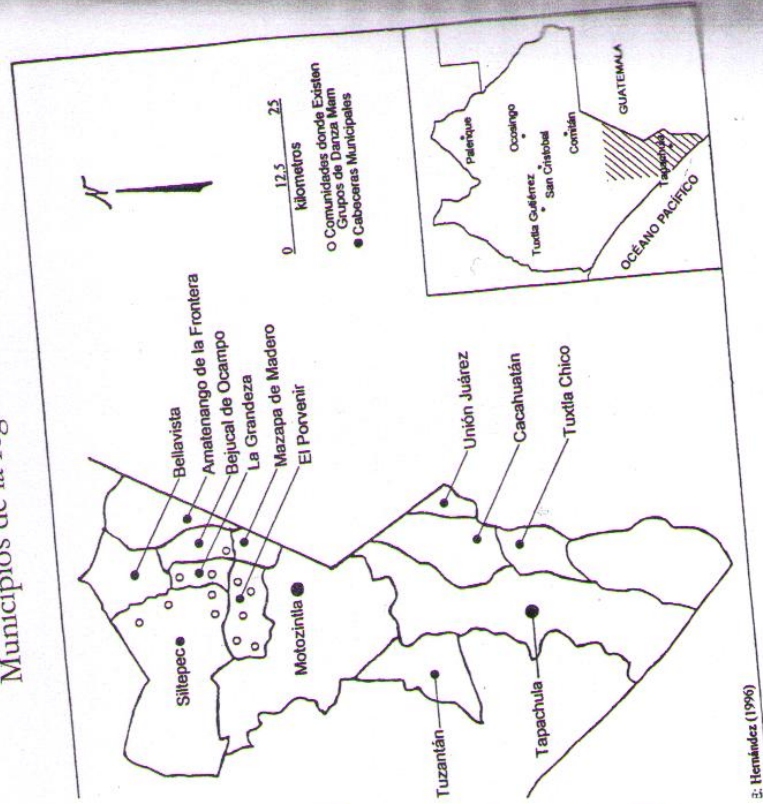
Portada: Euriel Hernández
Tipografía y formación: Laura Roldán



- © Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social
Hidalgo y Matamoros s/n, Tlalpan 14000, D.F.
- © International Work Group for Indigenous Affairs. Classensgade 11E, 2100, Copenhagen, Dinamarca.

ISBN 968-496-443-9

Municipios de la región mam



Una generación en crisis en Los Altos de Chiapas: Los casos de Chamula y Zinacantán, 1974-2000

Jan Rus y George A. Collier¹
TRADUCIDO POR MARÍA VINÓS

Introducción

Según lo relatado por amigos tzeltales y tzotziles, cuando el primero de enero de 1994 el Ejército Zapatista de Liberación Nacional ocupó San Cristóbal de las Casas, los habitantes de las comunidades aledañas de Los Altos se sintieron embargados por dos emociones distintas. La primera de ellas fue el miedo. La gente sentía terror de que la violencia de la guerra fuera a alcanzarlos y devorarlos, sobre todo, después del ataque zapatista contra las instalaciones del ejército a las inmediaciones de San Cristóbal el tres de enero, y los bombardeos sobre las montañas vecinas con que las fuerzas armadas contraatacaban. En consecuencia, la mayoría se quedó dentro de sus casas, intentando evaluar cualquier identificación con las partes beligerantes. Aunque la sensación de peligro inmediato disminuyó después de un par de semanas, casi todos concuerdan en que pasaron varios meses antes de que se desvaneciera por completo.

Enseguida del miedo, y curiosamente en contradicción con él, se dio un aspecto de euforia nerviosa. Al conocer que los zapatistas eran casi todo:

¹ Este ensayo se basó en una investigación más amplia apoyada por la Fundación Nacional de la Ciencia (National Science Foundation NSF) por becas BNS 8804607 a George Collier para estudiar el conflicto armado en el sureste de México; SBR-9601370 a George y Jane Collier para el proyecto "El conflicto armado en el sureste de México", proyecto en el cual participaron Jan Collier, John D. y Catherine MacArthur a George Collier para investigar la "Diferencia entre la rebelión y la rebelión zapatista en Chiapas"; y de la Fundación Jacobs, Whatcom University, Bellingham, Washington a Jan Rus para "Historias orales de tzotziles urbanos".

principalmente tzeltales y tzotziles, la gente recuerda haber experimentado una combinación de alegría y expectación, "como los sonreímos bajo la camisa" [a escondidas], según expresa uno de los autores (Tzu, 1996). Ninguno de quienes dijeron compartir esa reacción tuvieron noticias del EZLN antes del primero de enero, y algunos señalaron por alinearlos a las fuerzas gubernamentales "tradicionales" en Chiapas, opuestas a los zapatistas. La ola de emoción, sin embargo, se extendió más allá de la política. Indudablemente, la causa, en parte, se refiere al sentimiento étnico: según el sentir de muchos, al atacar al ejército y al gobierno, los zapatistas actuaron en nombre de todos los pueblos indígenas. Los zapatistas actuaron en nombre de todos los pueblos indígenas. Los zapatistas actuaron en nombre de todos los pueblos indígenas. Los zapatistas actuaron en nombre de todos los pueblos indígenas.

En los últimos años sesenta y principios de la década de 1970, los pueblos tzeltales y tzotziles de Los Altos de Chiapas han pasado por un rápido cambio social y económico que, para la última generación, los ha alejado de muchas instituciones sociales y culturales que antes daban sentido y hacían predecibles sus vidas. No sólo ha aumentado la incertidumbre sobre su capacidad de encontrar trabajo y ganarse la vida, sino que se han cuestionado las jerarquías familiares y comunitarias, la legitimidad de los líderes comunitarios o incluso su misma pertenencia a la comunidad. Una constante tensión social marca la vida cotidiana de esta región, que continuamente se ven obligados por las circunstancias a redefinirse y reorganizarse. Aunque fuese sólo por un momento, esa tensión se alivió ante la rebelión zapatista y la abrupta decisión del gobierno federal de buscar una solución negociada a menos de dos años de iniciarse la contienda. Personas de corrientes políticas opuestas se unieron a la esperanza de que por fin hubiera llegado a su término la larga historia de la sociedad indígena de Los Altos de Chiapas, y de que las condiciones de vida tal vez mejoraran.

Tal como sucedieron las cosas, aquellos eventos de principios de 1994 no marcaron el final de la crisis, ni siquiera el principio del fin, según puede verse ahora. Si bien durante los últimos siete años los males que aquejan a los pueblos indígenas de Chiapas recibieron mucha más publicidad, en el mismo periodo se añadieron nuevas situaciones como la militarización, las rupturas de negociaciones, y los programas de ayuda deliberadamente diseñados para polarizar y profundizar las divisiones dentro de las comunidades. El resultado es que, en la mayoría de los asentamientos de Los Altos, después de un breve respiro, la ansiedad y la sensación de catástrofe inminente tan extendidas ya antes de la rebelión han vuelto, acaso con más fuerza.

En las páginas siguientes haremos un intento por relacionar estos movimientos, que podríamos denominar el "estado de ánimo" de los pueblos indígenas.



Artesanos de Chamula juntando productos para el mercado
Foto: Diana Rus

s Altos de Chiapas a lo largo de los últimos veinticinco años, con las res sociales, políticas y económicas en que viven. Empezaremos con que tuvieron lugar en las décadas anteriores a 1994. ¿Qué cambios en los municipios tzeltales y tzotziles de Los Altos de Chiapas en iado? Otro punto importante es la manera en que los actores histó- ican las lecciones aprendidas en el proceso: ¿cómo afectó la expe- e las décadas de 1970 y 1980, y los primeros años noventa, la res- e los tzotziles y los tzeltales a los sucesos posteriores a 1994? Después a rápido vistazo a los hechos del levantamiento zapatista, describere- que ha sucedido en Los Altos en los últimos siete años. ¿Hacia dónde los cambios de estos años? Tras el optimismo y la alegría tan exten- i buena parte de 1994, ¿por qué se da después una respuesta mucho ervada?

de pretender un compendio de la historia de los pueblos de la región Altos, enfocaremos nuestra atención solamente en dos de ellos: Chamucantán, que son municipios de habla tzotzil adyacentes a San Cristóbal, específicamente, casi todos los ejemplos del presente estudio provienen de microregiones de dichos municipios, pues se trata de comunidades que tenemos relaciones continuas que se remontan a los primeros años de la década de los sesenta (Collier en Zinacantan) y los de los setenta (Chamula). Si bien las dos comunidades de la muestra están separadas solamente ocho kilómetros en línea recta (y menos de dieciséis kilómetros al paraje pro zapatista de Chenalhó descrito por Eber en este mismo artículo), se observan diferencias importantes en sus respuestas adaptativas a los cambios ocurridos para la última generación. Sin embargo, veremos también profundas similitudes. Tenemos la convicción de que, si examinamos a cerca los centenares de comunidades locales que conforman la región tzotzil-tzeltal de Los Altos (que comprende unos 400 municipios dispersos por dieciséis municipios),² encontraríamos pautas com-

unán, Chamula, Chenalhó, Mitontic, San Andrés, Tenejapa, Altamirano, Amatenango, Chichula

parables de variaciones sobre procesos sociales compartidos. Por tanto, las comunidades de la presente muestra deben ser tomadas como casos particulares que, de cualquier modo, ejemplifican tendencias generales.

Los tzeltales y tzotziles de Los Altos antes de la crisis de las décadas de 1970 y 1980

La economía

Desmintiendo la imagen popular de que las comunidades “tradicionales” de Los Altos están formadas por agricultores de subsistencia que trabajan sus propias tierras, cuyas vidas se limitan a las fronteras de sus municipios, en realidad desde finales del siglo XIX los pueblos indígenas de la región dependen del trabajo migratorio estacional en las tierras bajas de Chiapas para poder comer. A principios de la década de 1890, las comunidades de Los Altos se vieron sometidas a fuertes presiones para que aceptaran este tipo de empleo y proveyeran trabajadores a las fincas. Los métodos empleados fueron, entre otros, expropiaciones de tierras comunales, nuevos y onerosos impuestos que requerían pagos en efectivo, la tienda de raya con apoyo y estímulo legal, préstamos a intereses exorbitantes, e inclusive la venta de los deudores como siervos. En la década de 1920, los indígenas de Los Altos se habían vuelto dependientes de los empleos estacionales en las tierras bajas, a tal grado que el proceso de reclutamiento de trabajadores se hizo más “voluntario” (aunque en algunas subregiones, como el Valle de Simojovel, por ejemplo, se mantuvieron abusos de usura y tiendas de raya hasta bien entrados los años setenta).³ En lo esencial, los indios de Los Altos, inducidos por la falta

Chimal, Chantal, El Bosque, Huistán, Oxchuc y Pantelho; más los dos municipios de mayoría ladina de San Cristóbal y Teopisca, en cada uno de los cuales existe también una importante minoría indígena

⁴ Verse Toledo (1996).

a de tierras y el desempleo de su región, se resignaron a la idea de regularmente como migrantes en las tierras bajas, para así "completar el maíz que cultivaban en las tierras de sus comunidades de origen. La subregión que ocupaban, habían dos grandes variantes de tal trabajo: los aparceros y jornaleros que producían maíz y frijol en las fincas de cereales y ganado de los valles interiores o de la cuenca del Grijalva; los "enganchados," generalmente contratados por mes o por temporada a pizcaban café o frutas tropicales, o que participaban en la zafra de azúcar, en plantaciones generalmente distantes de Los Altos, en el caso, en la cuenca del Grijalva o en el Norte. Un tercer régimen de trabajo sobre todo en las inmediaciones de Los Altos que daban a tierras indígenas eran obligados a trabajar en las fincas donde residían para ser expulsados. Tierras que muchas veces, eran posesiones ancestrales de los acasillados.

Comparación con otras regiones de México, aún aquellas en que la agricultura capitalista se basa en mano de obra migratoria, este uso de trabajadores provenientes de las comunidades indígenas de Los Altos de Chiapas se refirió desmesurados a los productores de las tierras bajas del estado. Los Altos, los indígenas vivían dentro de sociedades comunales donde la vida era compartida, y donde los valores esenciales incluían la identificación y solidaridad con la comunidad. Como siempre regresaban a casa después de la temporada de trabajo, y como materialmente la vida al "interior" de las comunidades daba apenas para la sobrevivencia y la reproducción, se pagaban salarios muy inferiores a los de trabajadores no indígenas. De una temporada de tres o cuatro meses al año, los trabajadores de Los Altos nunca ganaron mucho más que lo suficiente para cubrir las necesidades anuales de maíz y frijol para sus familias. Como antes, tampoco representaban una carga económica para los productores durante los largos periodos en que no se les necesitaba, ni una posibilidad ulterior de demandas de reforma agraria, ya que, si bien trabajaban

en las mismas propiedades durante décadas, desde el punto de vista legal seguían siendo considerados como no residentes.

Desde la perspectiva de los trabajadores indígenas, la complementación entre el trabajo migrante de Los Altos y la agricultura comercial de las tierras bajas también representaba ciertas "ventajas". Pobres en tierras debido a expropiaciones efectuadas en los años del porfiriato o antes, al aumentar las poblaciones durante el siglo XX acabó por ser imposible para esos indígenas depender de la producción de sus propias tierras, que sólo les proporcionaban un sustento parcial. Fue así que para sobrevivir se vieron obligados a participar en las corrientes de trabajadores migrantes. En esencia, el trabajo estacional en tierras bajas "subsidiaba" a las "comunidades indígenas tradicionales" de Los Altos, para las cuales no existía ya —si es que alguna vez la hubo— base suficiente de recursos.⁴ Dicho de otra manera, al transcurrir el siglo casi todas las comunidades indígenas de Los Altos se volvieron dependientes de tierras que ni eran de su propiedad ni estaban en su región. En términos económicos, se convirtieron en comunidades "dormitorio" para trabajadores agrícolas de tierras bajas. Tal situación de dependencia por parte de las comunidades de Los Altos de Chiapas se agravó de hecho en las décadas de 1950 y 1960, lo cual resulta irónico, pues el resto del país experimentaba un fuerte desarrollo económico en esos mismos años. Debido a una rápida expansión de la agricultura en las tierras bajas, que parecían capaces de absorber cuanto mano de obra migrante pudieran proveer Los Altos, el explosivo crecimiento demográfico de las comunidades en sí —que provocaba un

⁴ El proceso de expropiación de tierras a las comunidades indígenas de los Altos con el propósito explícito de convertir a los comuneros en jornaleros empieza después de la Independencia con las expropiaciones por finqueros ladinos de "terrenos baldíos" controlados por los indígenas (véase Rus, 1995a). Luego, durante el auge del café en la década de 1890, el gobierno estatal, con el visto bueno de Presidente Porfirio Díaz, decretó la venta de ejidos en los Altos para obligar a los indígenas a buscar trabajo en las fincas cafetaleras (Decretos del 11-VIII-1892, 9-IV-1893 y 26-X-1893, publicados en el Periódico Oficial, Tuxtla Gutiérrez; véanse Rus s.f., y Benjamin, 1989: cap. 1). Esta explicación de la interdependencia de las comunidades de los Altos y la agricultura de las tierras bajas fue planteada inicialmente por Rodolfo Stavenhagen (1969), y desarrollada para el caso de Zinacantan y Chamula en particular por Roberto Wasserstrom (1989).



Joven chamula haciendo pulseras para vender a los turistas

Foto: Diana Rus

creciente deterioro en la ya poco favorable proporción entre población y t resultó, en efecto, "subsidiado".⁵ La consecuencia fue una concentración t más polarizada de poblaciones rurales en tierras marginales de Los Altos.

Zinacantán y Chamula son buenos ejemplos de esa tendencia. En e de Zinacantán, después de perder alrededor de 40% de sus terrenos ance a fines del siglo XIX, por casi cincuenta años, la mayoría de los ho zinacantecos no tenían otra alternativa que trabajar en fincas de la cuer Grijalva. Luego, con la recuperación de sus tierras perdidas mediante forma agraria en 1940, la mayoría recibió terrenos ejidales, junto cc terrenos comunales; esto les permitió vivir de sus propios recursos a lo de una generación. Sin embargo, para fines de los sesenta, con una pob 2.5 veces más grande que la de 1940, la escasez de tierras se sintió otr Diez años más tarde, todavía a fines de los setenta, solamente el 10 familias zinacantecas tenían más de dos hectáreas de tierra dentro de su pio municipio, un porcentaje que se había reducido drásticamente co: pecto al casi 50% que tenían dos hectáreas o más, veinte años antes

⁵ Debe notarse que los primeros asentamientos en la Selva Lacandona de troziles y tzeltales Altos se establecieron en este período. Al menos en sus comienzos, dichos asentamientos tenían tación de funcionar más como salidas para activistas o disidentes políticos de los Altos que destinos para los excedentes de población de esas regiones. No obstante, es claro que cumplían funciones. A principios de la década de 1970, se estima que en Chiapas había entre 125 mil y 1 trabajadores migrantes adultos de origen maya, el doble de las cifras de 1950. El número se e nuevamente en 1990. Sin embargo, la demanda de mano de obra agrícola disminuyó hacia 1975 en Rus, 1995c, los cuadros 1, 4 y 5).

⁶ La comunidad zinacanteca de Apas, donde trabaja George Collier, ejemplifica esta tendenci muestra algunas de sus complicaciones. En 1967, de los 147 hombres casados de Apas, a 90 les necían tierras comunales o ejidales en Zinacantán, con un promedio de 3.64 hectáreas cada uno de los 57 que no tenían tierras (38%), 30 eran hijos de familias que eventualmente les heredarían mientras que sólo 27 (18%) no tenían expectativas de una herencia. Así es que, aunque el prome tierras por todos los 147 hombres en 1967 venía a ser 2.2 has./cada uno, encubría grandes difer (Collier, 1976: 51 ss, 102 ss; véase también Cancian, 1965: 63 ss., 103 ss.). Entre 1967 y 1981, blación de Apas aumentó otro 27.1%, cifra que aunque resulte por debajo de otras comun zinacantecas, disminuyó aún más la cantidad de tierra disponible por persona y por familia. (Ca 1992: 216. Véanse también Collier, 1987: 111ss.; Cancian, 1972, y Wasserstrom, 1976: 7).

en tierras del conjunto de la población era tanto causa como efecto, el hecho de que virtualmente todos los hombres adultos del municipioajaran como arrendatarios o como trabajadores para vecinos que ndatarios, en las tierras bajas vecinas de la cuenca del Grijalva. El hamula fue todavía más extremo. Si bien el porcentaje de población que poseía más de dos hectáreas en 1980 –10%– era aproximadamente al a Zinacantán, por el hecho de que los chamulas, a diferencia de untecos, prácticamente no habían recibido tierra ejidal, en lugar de la igualdad que existía entre los ejidatarios zinacantecos, en Chamula ntos hombres poseían más de cinco hectáreas, mientras que la gran de los que tenían tierras (poco más de la mitad) poseían menos de más, el porcentaje de los que no tenían tierra alguna ni posibilidad arla era bastante más alto en Chamula, más del 40%. En consecuencia eran mucho más dependientes del trabajo afuera de su proamulas que los zinacantecos. Situados más lejos que estos últimos de e pudieran arrendar, a principio de la década de 1970 aproximadamente de los chamulas trabajaban de tres a seis meses del año en aciones cafetaleras de Jaltenango, Soconusco y el norte. Otro 25% n como jornaleros rurales, a menudo para arrendatarios zinacanteimulas de tierras bajas. Tan sólo el 25% de los chamulas trabajaban arcetos relativamente independientes.⁷

ica

dependencia económica entre los trabajadores de Los Altos y la agricultura tenía su dimensión política. Los grandes terratenientes

también obtenían ventajas políticas de emplear a habitantes de las comunidades de Los Altos como trabajadores migrantes, entre ellas que sus comunidades de origen eran, en términos políticos y sociales, extremadamente estables y conservadoras. Estaban también controladas por el gobierno. La razón esto era que aún si a principios de la década de 1970 la mayoría de tzeltales tzotziles de Los Altos se ganaban la vida principalmente como trabajadores migrantes, en términos ideológicos, veían el ingreso procedente de su trabajo migratorio como algo suplementario, sin ninguna relevancia cultural respecto a lo que ellos consideraban sus identidades esenciales y auténticas como miembros de comunidades cerradas, “tradicionales” de agricultores de maíz. Por lo tanto, no sólo tendían a verse a sí mismos como “chamulas” o “zinacantecos” primariamente, en lugar de considerarse “tzotziles” o, aún menos “indígenas de Chiapas” ni “trabajadores migrantes”, sino que todas sus energías sociales y políticas y religiosas se enfocaban hacia el interior de sus comunidades. Los antropólogos han documentado ampliamente que las vidas las ambiciones de los hombres y mujeres estaban dirigidas a ser miembros dignos y correctos de sus comunidades locales y, si les era posible, ascender las jerarquías de los puestos civiles y religiosos comunitarios, para llegar a ser ancianos respetados. A los ojos de personas como éstas, el mundo situado más allá de sus comunidades era precisamente eso: un “más allá”, lo de “afuera”, lo “extranjero”.

Desde el punto de vista de la elite terrateniente y política de Chiapas, las ventajas del aislamiento cultural y político residían en que, en primer lugar sus trabajadores tenían poco o ningún interés por los asuntos políticos de la región en donde eran migrantes, a pesar del hecho de que pasaran la tercera parte de su vida allí. En segundo lugar, el alto grado de autoridad que dentro de las comunidades ejercían los ancianos “tradicionales”, y la obediencia voluntaria de la población a sus decisiones permitía a la elite política y latifundista del Estado controlar comunidades enteras indirectamente al cooptar subordinar a un número relativamente pequeño de líderes nativos. No casual entonces que aquellos que gobernaban el estado alentasen el mantien

so de Chamula, (véase Leal Flores, 1978: 49), y Wasserstrom 1976: cuadros; 1989, capítulo 1 Rus 1995c: cuadro 3. Se suele tomar como criterio para la autosuficiencia la extensión de las, puesto que esa es la cantidad mínima de tierra que necesita una familia de cuatro personas, que la mitad de la tierra está en barbecho, la cantidad mínima necesaria para la subsistencia de cuatro sería aproximadamente de cuatro hectáreas.

to de "comunidades tradicionales", en vista de la dependencia de la agricultura de Chiapas respecto a los trabajadores migrantes mayas, y de las grandísimas necesidades de fuerza de trabajo que requería. Mientras controlaban al pueblo de hombres en la cúspide de cada una de esas comunidades, sabían muy bien que se producía algún conflicto de líderes indígenas "tradicionales" contra innovadores o disidentes, el Estado ponía su autoridad al lado de los líderes tradicionales y el *statu quo*. Por ende, la comunidad tradicional era al mismo tiempo, un refugio social donde los indios buscaban el apoyo de sus vidas, y una unidad básica de control que el Estado mantenía. Por desgracia, dentro de muchas de las comunidades de Los Altos, dicho control indirecto favoreció, con el paso del tiempo, la creación de condiciones desestabilizadoras. En el caso de Chamula, por ejemplo, en lo sucesivo, muchos de los líderes "tradicionales" beneficiados acumularon riquezas personales durante las décadas de 1960 y 1970, como resultado de controlar trabajos y apoyos del gobierno, licencias de transporte y accesos a servicios comunales. En forma tal vez natural, utilizaron su nueva riqueza, entre otras cosas, para asumir el papel de usureros que antes era monopolizado por comerciantes y terratenientes no indígenas. En Chamula, donde las tasas de interés en los años sesenta eran del 10% mensual, esto significó que un puñado de hombres ya suficientemente poderosos y con recursos para conceder préstamos se hicieran discretos e inmensamente ricos por medio de créditos a plazos o tres mil arrendatarios chamulas (en 1970), que necesitaban préstamos al principio de la estación para comprar semillas y pagar anticipos a sus acreedores.⁸ Los deudores generalmente acababan pagando hasta la mitad de sus ganancias a sus acreedores indígenas, tras la cosecha. Paradójicamente, a lo largo de décadas los que sufrieron de estos extremos de usura y explotación iban no resentirlos; al contrario, tal vez el recuerdo de que los préstamos

⁸ A inflación posterior a 1976, tales intereses intracomunitarios llegaron a alcanzar el 15 y aun más, cruciales para deudores no favorecidos.



Producción de tejidos para el mercado turístico
Foto: Diana Rus

inos eran peores los hacía sentirse orgullosos del éxito de un miembro propias comunidades.

s de causar crecientes desigualdades económicas, en la mayor parte de idades de Los Altos, el control indirecto condujo al despotismo político que dentro de las comunidades la posición de los jefes locales estaba ite disfrazada con símbolos de "tradición" y respeto por los ancianos y unccionarios religiosos, el hecho de que a menudo el gobierno intervi-favor cuando enfrentaban cualquier oposición significaba que su po-iedadaba limitado por las expectativas "tradicionales" o "comunitarias".⁹ ue notar que no todos los municipios de la región se polarizaron onómica como políticamente durante los sesenta y setenta como . En el caso de Zinacantan, por ejemplo, donde a principios de los la reforma agraria dotó a toda una generación con cantidades más o niales de tierra, la participación política era mucho más igualitaria, y ía política-religiosa se amplió durante los sesenta y setenta para dar más hombres.¹⁰ Sin embargo, como los chamulas, los zinacantecos ban con el sistema político nacional, aceptando beneficios (tierras, os, obras) a cambio de sus votos y apoyo al gobierno y al partido . Desde la perspectiva del Estado, esto era lo que importaba, no las uridades de sus arreglos internos.

eciso recordar que durante las décadas de 1950 y 1960 y los primeros enta, los precios agrícolas eran relativamente altos; la mano de obra, mal pagada, era ampliamente demandada, y en comparación a las ías históricas recientes, los ingresos eran altos. En conjunto, en esas condiciones fueron mejores que en cualquier otra época registrada emoria histórica, y los abusos del sistema político y económico —o la dad de cambiarlo por otro— no ocupaban un lugar preponderante en alidad de la gente.

rus, 1995a, donde se describe este sistema de control político y se examinan sus abusos. t. 1965 (80-106, 126 ss.). Véase también Collier, 1976: 51 ss., 120 ss., 1987.

La crisis de las décadas de 1970 y 1980

Las comunidades tzeltales y tzotziles de Los Altos resultaron en particular vulnerables a la serie de crisis que dominaron la agricultura de Chiapas en los últimos años setenta y en la década siguiente, la de 1980, y ello se debió a que para sobrevivir económicamente, dependían del trabajo migrante.

El primer cambio importante para la mano de obra de las tierras bajas sobrevino a consecuencia del auge petrolero y de la devaluación del peso en 1976. Corregidos los factores de inflación y tipo de cambio, los precios de garantía del maíz, que se habían mantenido estables a principios de los setenta, alcanzando sus precios máximos entre 1974 y 1976, iniciaron a partir de ahí un descenso constante, para llegar en 1980, a menos de tres cuartas partes del valor de 1975.¹¹ En respuesta, los grandes terratenientes de los valles centrales, que producían maíz utilizando mano de obra de indígenas migrantes, y que realizaron fuertes inversiones en tractores y agroquímicos durante los años prósperos a mediados de los setenta, en lugar de incrementar las cantidades de maíz que plantaban para aprovechar al máximo tecnología y fuerza de trabajo, mantuvieron sus sembradíos y recortaron la contratación de trabajadores de Los Altos, es decir, sustituyeron mano de obra por tecnología. Al mismo tiempo, se aceleró la conversión de las tierras de barbecho a pastizales permanentes, a fin de aprovechar los aumentos de precio del ganado y el apoyo del gobierno a la ganadería en forma de crédito fácil. En tales circunstancias, la producción de maíz en sembradíos de propiedad privada se estancó a finales de los setenta, mientras que la cuenta de ganado se duplicó, de apenas dos millones de cabezas en 1970 a más de cuatro millones a principios de los ochenta. Sin embargo, la consecuencia que nos interesa principalmente aquí consiste en la pérdida de entre 2 mil y 4 mil empleos migrantes, más del 20% del total, en la cuenca del Grijalva después de 1976, causada por

¹¹ Véase BANAMEX 1984: p. XII: "Índice de precios de garantía de granos básicos, 1974-1984."

imiento en la producción de maíz en tierras privadas, en condición creciente.¹²

En cualquier otra época una pérdida tan cuantiosa de empleos habría sido catastrófica, en este caso se suavizó por el lanzamiento de un masivo de obras públicas en Chiapas y Tabasco. A partir de 1976, el petróleo aunadas a préstamos internacionales se invirtieron en la construcción de refinерías, presas, mejoras urbanas, caminos y puentes en los departamentos. El resultado reflejado en estadísticas del gobierno es que se habían creado casi 17 mil nuevos empleos en la industria de la construcción formal de Chiapas (Thompson González, *et al.*, 1988: 232; Collier, 1995). Al otro lado de la frontera, en la región de Villahermosa, Tabasco, el empleo era aún mayor. Sucedió que los mayas de Los Altos que habían sido como arrendatarios en los valles del centro de Chiapas a mediados de los sesenta —principalmente zinacantecos y chamulas— a menudo se convirtieron en funcionarios públicos y tenían experiencia en tratos con no indígenas, lo que les permitió conseguir esos empleos, y los testimonios indican que ellos se mantuvieron en pie económicamente. Pero no todos: los mayores, que no hablaban bien español, y los que no podían o no querían capacitarse al trabajo de construcción semiurbano, desempleados de amiantos maiceros, recurrieron a los empleos de la cosecha de café, peor remunerado, donde su ingreso al mercado de contratación fue muy limitado, lo que generó problemas de competencia (Collier, 1987).

Así, las comunidades de Los Altos en su conjunto parecen haber sufrido pérdidas de los cambios económicos que ocurrieron entre 1976 y 1985. Zinacantan se produjo cambios significativos en las relaciones laborales y costumbres comunitarias en ese periodo, pues los hombres tenían acceso a empleos formales, al tiempo que las condiciones de vida se

mejoraron. En sus esfuerzos por adaptarse a ausencias más prolongadas, sufrieron en particular las mujeres y los niños, que recibían menos apoyo masculino (Collier y Mounjoy, 1988). Al mismo tiempo, en Chamula, quizás para evitar dichas ausencias, se iniciaron las primeras "filtraciones" de familias a la vida urbana (D. Rus, 1990; Rus y Rus, s.f.). Pero aún faltaba por suceder lo peor.

En 1982, con la crisis de la deuda externa, se detuvo abruptamente el gasto gubernamental en obras públicas. Al llegar 1985, año al que corresponde la siguiente emisión de cifras, no sólo los 17 mil empleos en la construcción formal se habían reducido a menos de 3 mil, sino que también miles de otros trabajadores que proveían servicios a las obras de construcción y a sus puertos empleados —una gama que llega hasta al operador del carrito de las paletas— estaban desempleados desde 1983. A diferencia de lo sucedido en 1976, esta vez no hubo transición fácil a nuevas clases de trabajo. Los terratenientes privados de los valles centrales aumentaron durante un periodo corto la producción de maíz, a fin de aprovechar los altos precios de garantía y el apoyo gubernamental del programa del SAM (Sistema Alimentario Mexicano) en 1981 y 1982, pero al empezar 1983, recortaron nuevamente la producción y la demanda de mano de obra. A estas alturas, el mercado laboral del café no constituía una salida. No sólo había miles de antiguos agricultores de maíz y trabajadores de la construcción de Chiapas en busca de trabajo, sino que un flujo masivo de refugiados guatemaltecos, muchos provenientes de los mismos pueblos que habían proporcionado durante varias generaciones trabajadores migrantes a las plantaciones cafetaleras del suroeste de Chiapas, dejaba sentir su presencia. A mediados de la década de 1980, se calculaba que había más de 100 mil guatemaltecos en el estado, 50 mil de ellos dentro de la región cafetalera del suroeste (Earle, 1988: 270-271).¹³ En consecuencia, si en las

¹² Collier ha seguido el índice de empleo y desempleo indígenas en Chiapas, solamente podiendo obtener cifras de manera aproximada, a partir de estadísticas de producción total y estimación de mano de obra invertida en cada unidad de producción. Para las estimaciones y formas de 1995.

¹³ Mosquera (1991: 70-72) resume las fuentes sobre el número de trabajadores guatemaltecos en el suroeste de Chiapas, incluyendo tanto migrantes como refugiados. La cifra para migrantes documentados sube de 20 mil a fines de los 1970 a 65 mil para 1985 (véase también Ordóñez Morales, 1993: 89 ss.).

suroeste en 1980 había entre 12 mil y 15 mil indios de Los Altos, ya en 1983, precisamente cuando necesitaban como nunca trabajo, empezó a declinar la oferta de puestos para ellos.¹⁴ En las condiciones de contratación les exigían que, en lugar de “engancharse” en Cristóbal, donde cobraban un anticipo de salario y recibían un boleto para llegar a las plantaciones, los aspirantes tzeltales y tzotziles del estado que querían trabajar en los cafetales debían ir directamente hasta las fincas, y presentarse a las puertas, junto con sus familiares, y competir por el empleo. En consecuencia, se redujeron los salarios reales que se pagaban en las plantaciones disminuyendo los ingresos de Chiapas eran forzados a aceptar los sueldos más bajos de los guatemaltecos. Muchos se desanimaron; en sus lugares de origen que nunca estuvieron desempleados recibieron boletos de autobús a la costa con dinero obtenido de prestar dinero al 20% de interés mensual, y luego andar de una plantación a otra trabajando, hasta darse por vencidos y regresar en autobús, o ir solos a kilómetros hasta sus casas. En las plantaciones cafetaleras de Chiapas, con menor presencia de guatemaltecos, todavía había entre 13 mil y 15 mil hombres, pero por supuesto en condiciones más precarias, y esas plantaciones tenían la reputación de ser aún más duras que las del suroeste.

Después del golpe final a la labor agrícola migrante, con la caída de los precios del café. En las temporadas de 1989-90 y 1990-91, las plantaciones cosecharon café utilizando mano de obra indi-

genita y tzeltales contratados oficialmente para trabajar en fincas cafetaleras de la zona de Los Altos que se muestra en Rus 1995c, cuadro 8, solamente es un indicador del número de trabajadores entre una y otra región. Tan sólo una de las dificultades fue que durante los contratos laborales registrados en San Cristóbal correspondían a sólo quince de las regiones que tenían extensiones de más de 200 hectáreas. Astorga Lira (1985: 34) indica que los oficiales de contratación representan apenas una tercera parte del número total de trabajadores (cuadros 6 y 7). Las cifras sobre trabajadores guatemaltecos pueden verse en



Trabajo colectivo en una finca comprada por acasillados en El Bosque
Foto: Diana Rus

gena, pero los precios eran tan bajos que muchos propietarios dejaron de mantener sus cafetos, con lo cual eliminaban aproximadamente la mitad de sus costos laborales (o sea, en términos no utilizados usualmente en Chiapas, la mitad de sus trabajadores). Ya en 1991-92, muchos dejaron por completo la cosecha: el precio llevaba tanto tiempo por debajo de los costos de producción, que estaban en bancarrota.¹⁵

Las bajas en el empleo agrario repercutieron fuertemente entre los Maya. Sus números —hombres adultos tzotziles y tzeltales, tojolabales, ch'oles y

¹⁵ Tal como sucedió, la cosecha de café de Chiapas disminuyó “solamente” en aproximadamente 20% en 1987-88 y 1992-3, debido en buena parte a que, además del puñado de plantaciones que emplean trabajadores migrantes, existían también decenas de miles de pequeños productores (en su inmensa mayoría indígenas) que seguían cosechando en sus microparcelas aun cuando ya no era provechoso, simplemente porque subvaluaban drásticamente su propio trabajo.

e Chiapas— se duplicaron desde 100 mil a mediados de los años 80 hasta más de 200 mil en 1990 (Rus, 1995c). Mientras tanto, las ofertas en las plantas cafetaleras descendieron de 80 mil en 1980 a apenas 1988 y aún menos en 1990. En su totalidad, la oferta de empleo en todo el estado de Chiapas había descendido hasta apenas 40 mil en 1990. Mientras por generaciones el empleo agrario había ofrecido a quien lo quisiera, ya en los noventa los cambios agrarios de años atrás habían dejado desempleados y desamparados a entre 75 los mayas del estado.

¿Pasó con este excedente de fuerza laboral? ¿Qué impacto produjo el cambio en sus familias y comunidades?

Las crisis: predominantemente económicas

Al, entre los tzeltales y tzotziles de Los Altos, la primera respuesta a la crisis económica consistió en intensificar el uso de los recursos que directamente bajo su control. Por ejemplo, un porcentaje significativo de productores—hasta el 60% en Chamula y otros lugares—empezaron a producir artesanías para el creciente mercado turístico después de 1982 (Nash, 1993). Al mismo tiempo, se intensificó bruscamente la agricultura en tierras dentro de los municipios indígenas. Pequeños sembradíos de maíz y granjas de cultivo de flores—actividades que ya existían antes de la crisis—florecieron como nunca a partir de el caso del café, el número total de productores “de pequeña escala” en el estado—principalmente agricultores indígenas con menos de 5 hectáreas—sumaron de aproximadamente 45 mil en 1982 a más de 70 mil en 1990 (Harvey, 2000: cap. 7). Y, en el caso del maíz, la producción en tierras ejidales se incrementó de hecho en el mismo tiempo disminuyendo en un 10% dentro de tierras de propiedad

privada en los valles centrales.¹⁶ La intensificación de dichas actividades ha tenido a largo plazo efectos más importantes que los de ofrecer una alternativa económica, al crear estratificación y polarización sociales en comunidades que antes se consideraban a sí mismas igualitarias. El caso del maíz resulta en particular instructivo. En Zinacantan, según ha documentado Collier (Collier, 1990; Collier y Mounjoy, 1988; Collier, Mounjoy y Nigh, 1994), quienes tenían recursos para utilizar fertilizantes y herbicidas a partir de 1983 aumentaron sus rendimientos del 50 al 100%, y sembraban en las mismas parcelas año tras año, en lugar de dejarlas en barbecho tras la tercera o cuarta cosecha, como solían hacer en el pasado. Por desgracia, se requería de capital para lograr esa intensificación, y en muy pocos años los agricultores que invirtieron en fertilizantes y otros insumos—muchas veces hombres jóvenes con acceso a trabajo asalariado fuera de la comunidad—empezaron a adquirir, a alquilar, o a embargar por deudas las parcelas de los vecinos que no tuvieron la misma suerte. El resultado de este mismo proceso para la comunidad relativamente pobre que estudiamos en el municipio de Chamula es que la distribución equitativa de la tierra, imperante hasta principios de los años setenta, se sustituyó a finales de los años noventa, con una distribución en la que el 63% de las familias (212 de las 338 estudiadas) eran propietarias solamente de los terrenos de sus casas, mientras que una clase de nuevos ricos de aproximadamente 3% de la población, poseían de seis a veinte hectáreas (véanse Rus y Rus, s.f.). Quienes perdieron sus tierras en el proceso de concentración—o aquellos que nunca habían tenido—enfrentaron la alternativa de quedarse y convertirse en trabajadores empobrecidos para sus vecinos terratenientes—desde el punto de vista funcional, obreros agrícolas estacionales que no dejan sus casas—o engrosar los éxodos de sus comunidades, iniciados a principios de la década de 1980.

¹⁶ Esta evidencia es inferida, y proviene del hecho de que hubo el mismo aumento aproximado de producción de maíz en municipios principalmente ejidales en 1983, y una disminución correspondiente aproximada en los municipios de régimen mixto ejidal y de propiedad privada (INEGI, 1986: 1792 ss.).

examina la situación con más profundidad, vemos que los trabajadores se vieron obligados a recurrir a las pocas tierras que tenían en sus propias comunidades y, en esencia, a competir por su control. La intensificación de los cultivos de maíz, acompañada de una concentración de la propiedad y expulsión del excedente poblacional, fue una de las formas de competencia. Otra de las formas fueron los préstamos de dinero y secuencias. Las tasas de interés para préstamos dentro de las comunidades indígenas eran de manera uniforme del 20% mensual después de la independencia de 1821. Los que carecían de capital propio necesitaban préstamos para todo: para comprar fertilizantes, para financiar sus búsquedas de trabajo y para comprar medicinas. Como se volvía cada vez más difícil encontrar trabajo asalariado, el resultado de esos préstamos a menudo era el embargo de la propiedad puesta como garantía, y la consiguiente emigración del deudor.

En términos económicos dicha concentración de propiedad y riqueza parecer, vistas desde afuera, normales, sus efectos sociales y políticos en las comunidades tradicionales no pudieron ser más corrosivos. Cuando una gran parte de los hombres de Los Altos eran aún trabajadores migrantes, las economías dentro de las comunidades, aunque estuvieran presentemente fuera de importancia, pasaban desapercibidas o se convertían en la comunidad por medio del servicio en el sistema de cargos. La necesidad se forjaba a partir de un sentido de pobreza y sufrimiento comparado con el de las nuevas condiciones de la década de 1980 hicieron que los campesinos trataran abiertamente las tierras comunales como si fueran una mercancía cualquiera. Por su parte, quienes tenían pocos recursos iban perdiendo pie en sus propias comunidades. En casos extremos como el de Chamula, no solamente se veían obligados a emigrar, sino que a unirse a movimientos protestantes o disidentes, y a denunciar las acciones de los miembros más ricos y los jefes de sus comunidades —debido a que a éstos durante los años setenta se denominaba cada vez más irónicamente “caciques” (véanse Morquecho, 1992; Rus, 1995a). En el

más próspero Zinacantán, en cambio, se formó una nueva clase de empresarios quienes invirtieron en la producción agrícola local y emplearon a sus vecinos menos afortunados como jornaleros en su propia comunidad (Collier, 1987, 1998: cap. 5). En los dos casos, la solidaridad idealizada del pasado cedió su lugar a una estratificación económica —y eventualmente política— abierta.

Es menester mencionar otras tres categorías de respuesta económica a la crisis, además de la intensificación de actividades dentro de las comunidades de origen. La primera consistía en mantener residencia en el interior de la comunidad, pero buscar trabajo en medios geográficos mucho más distantes. Esta opción no resultó funcionalmente muy distinta de las migraciones laborales del pasado, con la salvedad de que las distancias eran y son mayores, y las ausencias mucho más prolongadas. A mediados de los ochenta, tales migraciones podrían tener destinos como la Ciudad de México, o Cancún. Pero a principios de los noventa los tzotziles aparecieron como trabajadores indocumentados en las fábricas de California, como empleados en rastros en el Medio Oeste y como trabajadores de la zafra en Florida. Al terminar la década de 1990, había tal vez 15 mil indígenas de Los Altos de Chiapas en los Estados Unidos. Muchos de estos trabajadores, casi todos hombres, y en su mayoría jóvenes y tzotziles, se ausentan de sus familias hasta tres años en cada ocasión. Su sacrificio posibilita que esas familias puedan llevar lo que se aproxima a una vida tradicional confortable, dentro de sus comunidades de origen.

Las otras dos respuestas han sido la migración a las ciudades y la migración a nuevas colonias agrícolas. La primera de ellas parece ser la opción más frecuente a la intensificación de la actividad económica dentro del territorio de origen. Mientras que de 1980 a 1988 la población urbana de Chiapas aumentó de 700 mil hasta más de 950 mil, las proporciones de población en algunas u otras regiones en general permanecieron constantes, lo cual indica que los pobladores rurales emigraban a la ciudad o pueblo grande más próximo

sus lugares de origen.¹⁷ Por ejemplo, la mayoría de los migrantes urbanos illes y tzetales se establecieron en San Cristóbal, cuya población propia urbana creció de 60 mil en 1980 a posiblemente 130 mil en 1999, y más mitad de ese crecimiento demográfico provino de indígenas.¹⁸

Respuestas a la crisis: principalmente políticas

Primero, casi todas las soluciones a los problemas económicos que se han dado, han implicado cambios organizativos, fueran éstos deliberados o no. La unidad ideal "tradicional" de Los Altos de Chiapas era en realidad un conglomerado corporativo, hasta cierto punto monolítico, que en esencia reunía y coordinaba las ganancias de los trabajadores agrícolas para mantener un estilo de vida aparte, social y culturalmente privilegiado. Los miembros de la comunidad que necesitaban encontrar nuevas formas de ganarse la vida se vieron obligados también a desarrollar nuevas maneras de organizarse y de relacionarse con la sociedad en torno suyo. Ejemplo de estas innovaciones son las organizaciones sociales y políticas de las nuevas colonias, tanto en contextos

¹⁷ La única excepción real a esta generalización es Tuxtla Gutiérrez, que atrajo a inmigrantes de todas partes del estado, y creció en los años ochenta de 166 mil a 295 mil habitantes, y hoy en día (2000) tiene una población de casi 500 mil.

¹⁸ Es difícil cuantificar los tamaños de las diversas diásporas. Sin embargo, basándonos en evidencias de censos de tres colonias de San Cristóbal, una estimación del número de tzotziles que trabajan al día en una parte del año en los Estados Unidos sería de diez a quince mil. La ciudad de San Cristóbal, que originalmente carecía de residentes indios a fines de la década de 1960 (para permanecer en la zona era obligatorio vestirse con indumentaria no indígena y convertirse en un "ladino"), hacia 1999 rodeada por veintitrés colonias indígenas formalmente constituidas, más otras dos docenas de asentamientos menos formales. La primera de tales colonias se fundó en 1970, y en su conjunto conforman representantes de todas las comunidades de los Altos centrales (Calvo Sánchez, 1991:56). Las estimaciones de población de esta migración urbana varían de treinta a más de sesenta mil (Aubry, comunicación personal, 1999; Bétaucourt, 1997). En lo que se refiere a la Selva Lacandona en Chiapas había aproximadamente 80 mil migrantes de los Altos centrales, en su mayoría tzetales y tzotziles; también, para poblaciones urbanas, los Censos generales de población IX, X y XI).

urbanos como en la selva. Las comunidades nuevas y voluntarias —en el sentido de que sus miembros podían salir de ellas si se encontraban a disgusto, lo cual no podía decirse de sus viejas comunidades de Los Altos—, que a menudo reunían personas de distintas comunidades de origen y aún de diferentes grupos lingüísticos, fueron más inclusivas y más democráticas en su proceso de toma de decisiones. Sobre todo a partir del movimiento zapatista, se ha puesto considerable atención al proceso de formación de dichas instituciones. No obstante, puesto que nuestro objeto de interés es la vida dentro de los viejos municipios de Los Altos centrales, no examinaremos ese proceso en el presente estudio (véanse, en este mismo volumen, los trabajos de Leyva, Haber, Aubry, Mattiace y Burguete).

Sin embargo, aun quienes permanecieron en sus municipios de origen se dieron a la formación de nuevas "comunidades construidas" a fines de la década de 1970 y los años ochenta. Por ejemplo, en la región de Chamula estudiada por Rus, las mujeres tejedoras y bordadoras, cuando descubrieron que podían ganar dinero con la venta de productos artesanales a fines de los años setenta y darse cuenta de que duplicaban esfuerzos al viajar por separado a las tiendas de turistas para dejar sus productos, se organizaron en grupos informales que se turnaban para ir a la ciudad. A mediados de los ochenta, algunos de estos grupos habían organizado servicios de cuidado de niños en sus comunidades, y poco después adquirieron materiales en conjunto, para ahorrar dinero mediante grandes volúmenes de compra. Ya en 1988, tomaron como modelo organizaciones previas de artesanos que el gobierno y otras organizaciones no gubernamentales promovieron, llegaron a unirse a otras cooperativas informales de sus localidades, a fin de comercializar sus productos fuera de Chiapas. Lo más notable de estas últimas organizaciones es que la idea nació dentro de los grupos de mujeres, sin injerencia del gobierno ni de personas no indígenas (Gómez Monte y D. Rus, 1990). Al no haber ayuda ni intervención del gobierno, sobre todo durante la crisis financiera posterior a 1982, se formaron grupos parecidos a los artesanales pero para comprar materiales agrícolas al mayoreo, se fundaron cooperativas de crédito que tras

límites municipales, llegando, sobre todo en Zinacantán, a juntar para comprar tierras a propietarios ladinos que perdieron la fe en la agricultura y vendían sus propiedades rurales.

Su desgracia, estas actividades independientes encontraron el mayor éxito en los intereses de quienes obtenían beneficio de la vieja estructura comunitaria corporada: los jefes políticos o caciques dentro de las comunidades indígenas, y desde afuera, el Estado, fueron la razón del fracaso eventuales de esos esfuerzos. Por ejemplo, en el caso de Chamula, los caciques habían prestado atención a los grupos de mujeres artesanas mientras mantuvieron al nivel de reuniones locales de mujeres que se reunían a hablar y charlar. No obstante, en cuanto empezaron a ganar dinero, sobre todo porque lo obtenían en colaboración con grupos de otros municipios, ellos protestantes y "católicos verdaderos" liberacionistas, los jefes se unieron a ellas. Fueron convocadas al centro municipal, y se les interrogó sobre sus actividades, pues no se alinearon a los grupos femeniles del PRI ni a los proyectos artesanales del gobierno nacional. Se sospechaba que el suyo era un proyecto político, necesariamente subversivo; que los grupos locales de artesanas se formaron con elementos de las organizaciones políticas independientes que, desde finales de la década de 1970, se habían vuelto poderosas por los ámbitos rurales de Chiapas. Por lo tanto, eran la punta de lanza de un movimiento en contra de su propio control del municipio. Los caciques no tenían que ofrecer a las mujeres; al parecer, se limitaron a intimidarlas para que abandonasen sus actividades de organización independientes.

La campaña gubernamental en contra de las cooperativas y organizaciones campesinas que se condujo unos años después estuvo mejor concertada y más exitosa por tener éxito. Cuando Patrocinio González asumió el poder como gobernador de Chiapas a fines de 1988, aplicó dentro del estado la política nacional del gobierno de Salinas para suprimir las organizaciones independientes de toda clase, y enrolar a quienes pertenecieran a ellas en instituciones de control oficial. Para lograr su propósito, González contaba con los recursos estatales de PRONASOL —el Programa Nacional de Solidaridad— y

los cuales podía otorgar apoyos a organizaciones locales condicionados a que se afiliaran a instituciones controladas por el PRI y el estado (véanse Morquecho 1992; Dresser, 1992). En el caso de las artesanas de Chamula, el primer contacto con PRONASOL se produjo a principios de 1989, y a mediados de año aceptaron préstamos y apoyos, y entregaban toda su producción a agencia estatales —a consignación— para que éstas las comercializaran. Sin embargo las ventas iban mal, y las mujeres empezaban a murmurar, protestando por el tiempo que se perdía en las reuniones con los representantes del gobierno por tener que devolver préstamos de operaciones que no rendían utilidad alguna. A finales de 1990, fracasó la organización informal que las mujeres habían alimentado a lo largo de diez años, tan sólo quince meses después de aceptar la ayuda de PRONASOL. Una minoría de ellas se unieron a grupos artesanales apoyados por el gobierno; casi todas las demás prefirieron trabajar haciendo bordados para maquiladoras.

Este particular caso se repitió en experiencias parecidas para muchos grupos de Los Altos, después de que el gobierno renovara su interés por ellos a partir de 1988. Los cultivadores de flores, horticulturistas y agricultores de maíz chamulas y zinacantecos que participaron en el programa gubernamental "Crédito a la Palabra", por ejemplo, que concedía préstamos de 300 mil pesos (mil dólares al tipo de cambio de la época) a pequeños propietarios a partir de 1989, descubrieron que los préstamos que habían contratado nunca llegaban antes de que se terminara la estación de cultivo, sino que tardaban entre seis y ocho meses. En consecuencia, los prestamistas locales —quienes con frecuencia eran los mismos jefes políticos que actuaban como intermediarios para los préstamos del gobierno— no tardaron en darse cuenta de que ellos podían prestar 500 dólares a cada participante en el programa al empezar la estación, y aplicando tasas de interés del 15 al 20% mensual, simplemente embolsarse los cheques de mil dólares cuando el gobierno finalmente los devolvía. En los mismos años, el gobierno cerró muchos de los programas de asistencia agrícola, insumos de bajo costo, créditos subsidiados y servicios de comercialización para los pequeños productores. Había flujos de ayuda

a en forma de dinero en efectivo, pero siempre a través de caciques as vinculados al gobierno, con el irónico resultado de que, después de la gente se encontró igualmente empobrecida pero en situación más adinada que en el periodo anterior (1982-89), cuando el gobierno, abrupto por la crisis financiera, los había ignorado.

Mejor decir que mientras los gobiernos estatal y federal trataban de seguir los proyectos independientes organizados por familias y grupos locales para sobrevivir la crisis, después de 1982 también manejaban sus escasos recursos para mantener la lealtad de los principales líderes indígenas en cada municipalidad, y mediante ellos, su control de las estructuras municipales. Aún de la crisis, en 1980, el gobierno estatal aportó fondos de desarrollo por millones de pesos directamente a los ayuntamientos bajo el CODECOM (Consejo de Confianza Municipal).¹⁹ En la región de Los Altos, esto aumentó la potencia por participar en los ayuntamientos, y en los recursos de los municipios. Como era previsible, el faccionalismo político se agudizó en toda la región, sobre todo entre los grupos excluidos y los "del gobierno". Las exclusiones de disidentes iniciadas en Chamula a mediados de los setenta, por ejemplo, se hicieron generales —y más violentas— en estos años. Sin embargo, finalmente, por un tiempo hubo también una "recomposición" de los grupos de poder. En Zinacantan, por ejemplo, las facciones de camioneros por varios años se disputaban el control de las rutas entre el municipio y principales ciudades del estado, se unieron bajo las siglas del PRI para las elecciones de 1982. Durante la década siguiente, repartirían no sólo rutas, fondos, mientras que otros grupos menos favorecidos se identificarían primero con el PAN, y después de 1988 con Cuauhtémoc Cárdenas, en sus esfuerzos por ser reconocidos y obtener alguna ayuda. Pero los grupos de exclusión (autoidentificados como "campesinos", *versus* los "camioneros", PRI) serían sistemáticamente excluidos. Esta "nueva política de exclusión",

como la describe Collier (1994: pp. 9ss.) —quien la considera una maniobra gubernamental de corto plazo para mantener el control— contribuyó a lo que Frank Cancian (1992, pp. 107ss.) describió tristemente como "el declive de la comunidad" en Zinacantan.

Nuevamente, resulta irónico que los programas de PRONASOL y sus aplicaciones estatales y federales, dirigidos a "re-enganchar" a los *tzotziles* y *tzeltals* a los programas de gobierno, si bien tuvieron éxito a corto plazo, promovieron actitudes de mayor cinismo hacia el gobierno, de tal manera que estimularon las actividades independientes de organización. Por ejemplo, en el caso de Chamula, cuando después de 1992 se canalizaron los recursos federales estatales casi exclusivamente a través de los gobiernos municipales, en parte porque así podían asegurar lealtad al PRI y al gobierno, quienes quedaban excluidos acudieron a organizaciones regionales fuera del municipio. Es la búsqueda de espacios les llevó a aliarse por un tiempo con SOCAMA (Solidaridad Campesino-Magisterial), asociación fundada en los ochenta por maestros rurales del ala radical del SNTE, que durante la presidencia de Carlos Salinas canalizaba fondos de PRONASOL y después de 1994 se identificó abiertamente con el gobierno. Pero también los llevó a probar suerte con varias ONGs y organizaciones económicas y políticas de los municipios de los alrededores, en donde las sanciones contra la organización independiente parecían haberse aplicado con tanto rigor.²⁰

De nuevo, es necesario señalar que las condiciones económicas de los pueblos de Los Altos seguían deteriorándose después de 1989. Además de nuevas caídas en los precios del café después del colapso de 1989, se mantuvieron la baja los precios de otros productos agrícolas y, por ende, se redujo la c

²⁰ Entre los ejemplos de tales organizaciones extrachamulas se incluyen una cooperativa de cultivos flores con base en Zinacantan, afiliada a COLPUMALLI, que aceptaba a disidentes chamulas; CRI/ (Coordinadora de Representantes Indígenas de los Altos de Chiapas), la organización de la mayoría de exiliados chamulas en San Cristóbal, que patrocinó una cooperativa de artesanos y cooperativa de compras agrícolas donde se incluía a disidentes no protestantes del interior de Chamula; una cooperativa de artesanos en San Cristóbal; y ONGs afiliadas con la Iglesia Católica (véanse Collier, 1994 y 1997, y Harvey, 2000, para resúmenes de la política de este periodo).

¹⁹ Ayuntamiento de Zinacantan, por ejemplo, recibió 11 millones de pesos, US \$440 mil, entre 1980 y 1982 (Cancian, 1992: 46).

a de mano de obra agrícola. Además, la abrogación del Artículo 27 institucional, que cancelaba la reforma agraria, aniquiló las esperanzas de los tzotziles y tzeltales de que se les devolvieran tierras de Los Altos, o les dieran títulos de las tierras que habían colonizado en la selva. En este contexto, el acceso cada vez más restringido a la ayuda gubernamental y la represión del gobierno de González contra las organizaciones indígenas produjo sensaciones de enojo y pesimismo respecto al futuro. El estado de ánimo colectivo se llenó de ansiedad y frustración.

vantamiento zapatista y sus consecuencias, 1994-2000

ra el escenario de los municipios cercanos a San Cristóbal cuando se dieron las noticias de la rebelión zapatista. Durante los primeros meses, la gente seguía con atención las negociaciones entre el gobierno y el EZLN, pero también discutían continuamente las implicaciones del levantamiento para el futuro de sus comunidades y sus propios proyectos. Quienes pertenecían a organizaciones independientes estaban representados por ellas en las discusiones del gobierno con el CEOIC (Consejo Estatal de Organizaciones Indígenas y Campesinas), que se formó a finales de enero de 1994, y la ADEPEC (Asamblea Estatal Democrática del Pueblo Chiapaneco), que convocó en una reunión estatal de grupos ciudadanos, indígenas y campesinos. Finalmente, en más de la mitad de los municipios, entre ellos en Zinacantan, durante los primeros meses del año grupos de oposición y disidentes de las desgastadas alianzas que gobernaban bajo el nombre del PRI, se unieron a echar de los ayuntamientos a caciques priistas e instalar consejos municipales, con una representación de alguna manera democrática de todos los sectores políticos (Collier, 1997: 19ss.).

La reacción del PRI —y del gobierno— a estos reveses fue emprender una serie de diferentes niveles para restablecer su control. En el caso de Zinacantan, la pérdida del ayuntamiento y el hecho de que el gobierno estatal dejara de

hacer respetar las concesiones de rutas —en parte por miedo a las represalias de los grupos sublevados— rompió la columna vertebral de la coalición dominante de camioneros. Irónicamente, el más despótico y violento integrante de dicha coalición, pensando en obtener alguna ventaja, hasta se alió con el PRI y se declaró democrático y pro zapatista. Esto, en cambio, permitió a un renovado PRI-municipal declararse “libre de caciques”, y apropiarse el discurso zapatista de democracia (“mandar obedeciendo”) y justicia socioeconómica (“para nosotros nada, para todos todo”). Con su nueva imagen, y el acceso privilegiado de siempre a los fondos públicos (PROCAMPO, “Crédito a la Palabra”, etc.), más los nuevos fondos del Banco Mundial atraídos a Chiapas por la rebelión, el PRI ganó libremente las elecciones municipales de 1995. Para 1996, hasta los grupos antes más antipriistas colaboraban con el nuevo ayuntamiento (Collier, 1997: pp. 22 ss.), en un trienio notable por los esfuerzos realizados por el presidente municipal para superar el faccionalismo.

Mientras tanto, en Chamula, donde el poder político siempre se centralizó y concentró, y donde los caciques del PRI nunca permitieron facciones políticas organizadas como las de Zinacantan, la oposición procedió con mucha más cautela. Su primera gran oportunidad de manifestarse se presentó el 2 de agosto de 1994, en las elecciones federales y estatales. Según testimonios en las elecciones federales de 1988, mucha gente, sobre todo en la mitad occidental del municipio, votó por vez primera en favor de candidatos que no eran los del PRI —opción que tomaron también en las elecciones de diputados en 1991. Decimos “según testimonios”, porque esos votos no se reflejaron en los resultados finales, que en ambos casos favorecieron al PRI casi por unanimidad. Pese al poco éxito obtenido, en 1994, varias de las comunidades occidentales de Chamula, votaron de nuevo por el PRD.

De nueva cuenta, esos votos no se reflejaron en los números que el gobierno creía correctos; pero las autoridades en la cabecera municipal sí se dieron cuenta de las tendencias de voto. A lo largo de los tres años siguientes, hasta las elecciones de 1997, las comunidades “delincuentes” quedaron excluidas sistemáticamente de todas las ayudas oficiales que llegaban a Chamula

de su gobierno municipal. Ya en septiembre de 1994, antes de que el nte y el gobernador electos asumieran el poder, se les notificó que quedar excluidas. En los términos utilizados por un líder político de la: "No queremos *partidoeték* [partidos] ni *orkanisayonetiké* [organizaciones en Chamula".

yuda económica negada a los del PRD fue significativa dado que el uesto del ayuntamiento de Chamula para el año siguiente era de 3.2 :s de dólares. En respuesta, 46 comunidades chamulas al occidente del io (de un total de 93) formaron su propia organización independiente- solicitar directamente ayuda gubernamental. Sin embargo, todas sus des se sometían a demoras y faltas de solución, pendientes de estudios: en breve, eran denegadas.

más preocupante, en octubre de 1994, circularon relatos amenazadores "alguien" del gobierno municipal que, utilizando los fondos de APO, adquirió armas automáticas y municiones, y "contrató" a cientos jóvenes. Mediante el pago a cada uno de los mil dólares anuales que APO destinaba como apoyos a pequeños agricultores, dichos jóvenes sin tierras— se convirtieron en esencia en el ejército privado de los amulas priístas. En la primavera de 1995, por todos los territorios tales de Chamula se instalaron retenes operados por jóvenes armados mediante teléfonos celulares. A esas alturas, los oponentes del PRI chamula —en particular los protestantes en la comunidad nsa— también estaban armados. Finalmente, el 18 y 19 de noviembre 1995, explotó la violencia. De acuerdo con los documentos oficiales, s muertos en un tiroteo "causado por diferencias religiosas"; de acuerdos rumores dentro del PRI, había más de veinte muertos, principalmente sus propias fuerzas. Según los reportes a agencias de derechos humanos miembros de la oposición —quienes fueron atacados en sus casas— o total de muertos ascendió a 28 (véanse Aramoni y Morquecho, 1997). na, esa fue la única confrontación de grupos políticos de oposición militares en las comunidades de Los Altos hasta la masacre de Acteal

en Chenalhó dos años después. Decimos "por fortuna", ya que los reportes de toda la región describen distribuciones semiclandestinas de armas automáticas a grupos afiliados a los jefes políticos locales, desde el otoño de 1994 hasta la primavera de 1995, que incluyeron a Zinacantán en octubre de 1994. Para el verano de 1995, la región estaba saturada de armas en manos de civiles.

Está claro que, a nivel local, el objetivo de esta actividad política, sobre todo la exclusión de apoyos oficiales para todo simpatizante de los partidos políticos de oposición y la formación de organizaciones armadas de "autodefensa", consistía en separar a la población indígena de la región del EZLN. Podríamos decir que en algunos lugares la campaña parece haber conseguido sus objetivos.

Hay quienes arguyen que las bajas electorales del PRD (y por ende la recuperación del PRI) resultaron de la política de abstencionismo promulgado por el EZLN entre sus seguidores, de los cuales la mayoría habría apoyado al PRD. De hecho los casos de Zinacantán, y Chamula sugieren dos explicaciones alternativas. En Zinacantán, el PRD se fracturó en 1995 por divisiones en aquel partido estatal, aliándose un grupo con el "nuevo" PRI que ganó las elecciones de octubre de 1995 y posteriores en Zinacantán. En Chamula, el PRD perdió peso debido al temor a represalias.

De hecho, a muchos antiguos simpatizantes del PRD se les pidió específicamente que firmaran las boletas de nominación para el candidato del PRI a la presidencia municipal de 1995, y casi todos firmaron. En privado, hablaban en contra del PRI, y participaban secretamente en reuniones de organizaciones independientes en San Cristóbal. Pero realizar abiertamente esas actividades resultaba demasiado peligroso, y podía costar muy caro en términos de quedar excluido de los programas de apoyo oficial. El abstencionismo en las elecciones posteriores a 1994 demuestra que la sospecha sobre el proceso "democrático" se extendió y que se trataba de una actitud cínica en apoyo al PRI. Algunas de las comunidades de Chamula que después de 1994 fueron excluidas de las ayudas del gobierno han ido recuperando lentamente el mismo *status* de las comunidades vecinas. Más no del todo. El "ejército privado"

que se instaló en medio de ellas fue retirado tras la violencia de noviembre de 1995, pero sigue existiendo. Al mismo tiempo, muchos de los que votaron por el PRD en 1994 se rehúsan discretamente a apoyar al PRI, y continúan solicitando ayuda oficial —con pocos resultados— por medio de organizaciones independientes. Sin embargo, como no desean afectar las posibilidades de sus vecinos de recibir ayuda, tampoco votan por el PRD.

En medio de todo esto, las condiciones económicas en la mayor parte de Los Altos de Chiapas siguen siendo frágiles. En recientes encuestas económicas de Chamula, parece ser que desde principio de los años noventa —en particular, a partir de 1994— se produjo una emigración del municipio sin precedentes desde quizás los últimos años del siglo XIX. Siempre ha habido movimientos de trabajadores que entran y salen de Chamula, pero en este caso presenciamos familias enteras, desde los niños hasta los abuelos, que parecen irse en forma permanente. En algunos parajes, esa emigración sobrepasa el 30% de la población. ¿Cuál es la explicación de este movimiento? Por una parte, desde principios de la década de 1990 se ha dado un proceso de reasentamiento en las ciudades de Chiapas. Pero muchos de esos emigrantes no se van a las ciudades; más bien, se instalan en campamentos a las orillas de los pueblos o en intersecciones importantes de las tierras bajas de Chiapas, donde buscan jornales en las zonas de cultivo vecinas. Aunque con frecuencia laboran en los mismos sitios que una generación antes ocupaban arrendatarios y trabajadores rurales *tzotziles*, estos trabajadores no se emplean en propiedades grandes, sino en ejidos fragmentados y parcelas privadas, residuos de aquellas propiedades que se desintegraron desde la década de 1970. A diferencia de sus antecesores, estos trabajadores no parecen ganar lo suficiente con sus salarios para que los jefes de familia puedan mantener la unidad doméstica en su comunidad de origen mientras viajan entre Los Altos y las tierras bajas. En cambio, ahora trabaja toda la familia, cuando hay empleo. En esencia, son ahora una fuerza de trabajo rural descomunalizada.

En lo que respecta a los hermanos y hermanas que permanecen en sus comunidades de origen, también se les dificulta encontrar trabajo. Cuando el

precio del café se recuperó en 1994, impactó favorablemente a las comunidades de pequeños productores. Empero, no implicó gran cambio para las comunidades históricas de pizcadores, ya que en buena medida la producción ahora no está en las fincas grandes sino en las pequeñas parcelas donde contratan mano de obra, y cuando la requieren pagan muy mal.²¹ En la encuesta que aplicamos en las comunidades de Chamula no había un trabajador cafetalero en comunidades donde, hace una generación, la población se sostenía contratándose en los cafetales. De igual modo queda sino un puñado de arrendatarios que tienen su hogar permanente en Los Altos. Mientras tanto, dentro de Chamula y Zinacantan, se continúa la propiedad de la tierra en manos de unas pocas familias de éxito, un proceso paralelo a la desposesión de otras.²² Un punto novedoso dentro de todo este panorama es que desde la crisis de los ochenta, se han desarrollado en Zinacantan importantes empresas de invernadero que producen y distribuyen diariamente flores a mercados del suroeste, que son suplementados por productos importados de la ciudad de México, y además proporcionan empleos a quienes no tienen tierras. Aunque estas empresas enfrentan escasez de agua y problemas de plagas, su existencia quizá explique el hecho de que a pesar de que hay niveles de desigualdad más altos que en el pasado, Zinacantan no se da la emigración que caracteriza a otros municipios y zonas de la región.²³ Sin embargo, la constante, entre la mayoría de la ge-

²¹ Hay que notar que después de 5 años de precios relativamente altos para el café en el mercado internacional, en 2000 el precio entró de nuevo en caída libre, amenazando otra vez la economía de las grandes regiones del estado.

²² En la comunidad de Chamula donde trabajamos, la proporción de familias sin más tierras que ocupan sus casas creció de 41% en 1974 (61 de 148) a más de 54% en nuestro censo de 1998 (210 de 388). Mientras tanto, de sólo una familia que tenía más de 6 hectáreas el número ha crecido a catorce en 1998, 3.6%, que tienen de 6 a 20 has. La polarización sería marcada si no fuera por el hecho de que 35% de los descendientes de los habitantes de los años noventa emigraron durante los noventa. El caso de Zinacantan es menos extremo —no es un ejemplo, emigración medible— pero todavía se nota la misma tendencia de concentración (véanse Rus y Rus, s.f.; también nota 6).

²³ Según los resultados preliminares del censo de 2000, la población de Zinacantan creció 3

vacantán y Chamula, al igual que en los otros municipios de Los Altos –indias actualmente las mujeres junto a los hombres– es trabajo por día y mal pagado.

flexiones finales

mos sostenido que el sector agrario de Chiapas experimenta una crisis estructural profunda, y que de ello resurge la desilusión entre las poblaciones de Los Altos, a pesar del aliento de esperanza derivado de la sublevación zapatista. Durante casi un siglo y hasta los años setenta, la sobrevivencia económica de esas comunidades dependió del trabajo asalariado migratorio en tierra caliente. Si al principio hubo que coaccionar tal migración, se hizo habiendo frente a la falta de alternativas, la escasez de recursos, y la represión. De hecho en apenas una generación, la agricultura de Chiapas ha tenido que ajustarse a mercados globales, a pesar de sus rezagos en infraestructura. Pero dichos ajustes realizados no tomaron en cuenta al sector indígena atado todavía a la vieja agricultura. Al contrario, cuando los trabajadores indígenas buscan alternativas, el gobierno, temeroso de perder el control, obstruyó sus esfuerzos y buscó hacerlos más dependientes de las viejas estructuras porativistas.

A fin de cuentas, alguna transición viable, económica y política, tiene que darse en Los Altos. Nuevos empleos, nuevas modalidades de identidad y reafirmación étnica, y nuevas políticas inclusivas y pluralistas tienen que reafirmarse. El reto de dos décadas de crisis, sin embargo, es fuerte, ya que existe una profunda desconfianza hacia el Estado y la sociedad no indígena. Entre las indígenas hay en la actualidad una tendencia notable de ver su relación

con el país en términos étnicos y de oposición y a proseguir con la autonomía cultural y política en vez de la integración. Falta por ver cómo las pretensiones pluralistas del régimen de Vicente Fox se actualizan y que efecto tienen. Creemos, sin embargo, que el pluralismo y la democracia “funcionarán” solamente cuando se resuelvan –pronto y de manera eficaz– las disparidades de poder político y las inquietudes económicas de los habitantes de Chiapas.

y 2000 (de 22,392 a 30,042), mientras que en Chamula creció sólo 14% (de 51 757 a 58 920), y el conjunto de los 14 municipios mayoritariamente indígenas de los Altos (menos San Cristóbal) (271 915 a 316 207). En comparación, la tasa de crecimiento para esos mismos municipios entre 1990 y 1995 fue de 49% (véanse INEGI, 2000; Rus, 1995; Burguete, 1998).

Bibliografía

- MONI, DOLORES, Y GASPARD MORQUECHO
 97 "La otra mejilla... pero armada; el recurso de las armas en manos de los expulsados de San Juan Chamula", en *Anuario 1996*, CESMECA, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, pp. 553-611.
 ORGA LIRA, ENRIQUE
 85 *Mercado de trabajo rural en México: La mercancía humana*, Era, México.
 RY, ANDRÉS
 91 *San Cristóbal de Las Casas: Su historia urbana, demográfica y monumental, 1528-1990*, INAREMAC, San Cristóbal, Chiapas.
 NAMEX
 84 *Examen de la situación económica de México*, vol. IX., núm. 709, Banco Nacional de México, México.
 JAMIN, THOMAS
 95 *Chiapas, tierra rica, gente pobre. Historia política y social*, Grijalbo, México (original en inglés, 1989).
 ANCOURT ADUÉN, DARÍO
 97 *Bases regionales en la formación de comunas rurales-urbanas en San Cristóbal*, Las Casas, Chiapas, Facultad de Ciencias Sociales, UNACH, San Cristóbal, Chiapas.
 GUETE CAL Y MAYOR, R. ARACELY
 98 "Sistemas normativos indígenas y disputas por el agua en Chamula y Zinacantan, Altos de Chiapas" (tesis de maestría en ciencias de desarrollo rural regional), Universidad Autónoma Chapingo, Chapingo, Estado de México.
 VO SÁNCHEZ, ANGELINO
 91 "Las colonias nuevas de migrantes y expulsados en San Cristóbal de Las Casas", en *Anuario III del Centro de Estudios Indígenas*, UNACH, San Cristóbal, Chiapas, pp. 55-64.
- CANCIAN, FRANK
 1965 *Economics and Prestige in a Maya Community: The Religious Cargo System in Zinacantan*, Stanford University Press, Stanford, California.
 1972 *Change and Uncertainty in a Peasant Economy: The Maya Corn Farmers of Zinacantan*, Stanford University Press, Stanford, California.
 1992 *The Decline of Community in Zinacantan: Economy, Public Life and Social Stratification, 1960-1987*, Stanford University Press, Stanford, California.
 COLLIER, GEORGE A.
 1976 *Planos de interacción del mundo tzotzil: Bases ecológicas de la tradición en Los Altos de Chiapas*, Instituto Nacional Indigenista, México (original en inglés, 1975).
 1987 "Changing Inequality in Zinacantan: The Generations of 1918 and 1942" en, V.R. Bricker y G.H. Gossen (eds.), *Ethnographic Encounters in Southern Mesoamerica*, SUNY, Albany, Nueva York.
 1989 "Estratificación indígena y cambio cultural en Zinacantan, 1950-1987", en *Mesoamérica*, cuaderno 18 (diciembre), 1989, pp. 427-440.
 1990 "Seeking Food and Seeking Money: Changing Productive Relations in Highland Mexican Community", United Nations Research Institute for Social Development, Discussion Paper núm. 11 (mayo), 1990.
 1994 "The New Politics of Exclusion: Antecedents to the Rebellion in Mexico" en *Dialectical Anthropology*, 19 (1), pp. 1-44.
 1997 "Reaction and Retrenchment in the Highlands of Chiapas", en *Journal of Latin American Anthropology*, 3 (1), pp. 14-31.
 1998 *¡Basta! Tierra y la rebelión zapatista en Chiapas* (tesis de maestría en antropología social), Universidad Autónoma de Chiapas, San Cristóbal, Chiapas (original en inglés, 1994).
 COLLIER, GEORGE A., Y DANIEL MOUNTJOY
 1988 "Adaptándose a la crisis de los ochenta: Cambios socioeconómicos en Apé Zinacantan", en INAREMAC, *Documentos de Trabajo*, San Cristóbal, Chiapas.
 COLLIER, GEORGE A., DANIEL C. MOUNTJOY, Y RONALD B. NIGH
 1994 "Peasant Agriculture and Global Change: A Maya Response to Energy Development in Southeastern Mexico", en *Bio Science*, 44 (6), pp. 398-407.

- SSER, DENISE
- 1992 *Neopopulist Solutions to Neoliberal Problems*, US-Mexico Studies Center, University of California, San Diego.
- LEE, DUNCAN M.
- 1988 "Mayas Aiding Mayas: Guatemalan Refugees in Chiapas, Mexico", en Robert M. Carmack (ed.), *Harvest of Violence: The Mayan Indians and the Guatemalan Crisis*, University of Oklahoma Press, Norman, pp. 256-273.
- MEZ MONTE, MARUCH, Y DIANE L. RUS
- 1990 *Bordando milpas: Testimonio de una tejedora chamula de Los Altos de Chiapas* (folleto bilingüe tzotzil-español), INAREMAC, San Cristóbal, Chiapas.
- WEY, NEIL
- 1990 *La rebelión de Chiapas, la lucha por la tierra y la democracia*, Era, México (original en inglés, 1998).
- INI (Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática)
- 1973 *IX Censo general de población y vivienda*, 1970, INEGI, México.
- 1983 *X Censo general de población y vivienda*, 1980, INEGI, México.
- 1986 *Anuario Estadístico del Estado de Chiapas*, 1985, tomo II, INEGI, México.
- 1992 *XI Censo general de población y vivienda*, 1990, INEGI, Aguascalientes.
- L FLORES, HÉCTOR, et al.
- 1978 *Desarrollo de la economía campesina*, Centro de Investigaciones Ecológicas del Sureste, San Cristóbal, Chiapas.
- RQUECHO, GASPAR
- 1992 *Los indios en un proceso de organización* (tesis de licenciatura en antropología social), Universidad Autónoma de Chiapas, San Cristóbal, Chiapas.
- SQUERA AGUILAR, ANTONIO
- 1990 *Los trabajadores guatemaltecos en México*, Editorial Tiempos Modernos, ciudad de Guatemala.
- SH, JUNE (ed.)
- 1993 *Crafts in the World Market: The Impact of Global Exchange on Middle American Artisans*, State University of New York Press, Albany.

ORDÓÑEZ MORALES, CÉSAR EDUARDO

- 1993 *Eslabones de frontera, un análisis sobre aspectos del desarrollo agrícola y migración de fuerza de trabajo en regiones fronterizas de Chiapas y Guatemala*, Universidad Autónoma de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez.

PERES TSU, MARIANO

- 1996 "The First Two Months of the Zapatistas: A Tzotzil Chronicle", traducción del tzotzil de J. Rus, en *Indigenous Rebellions in Mexico and Peru*, Arij Ouwenne y Kevin Gosner (eds.), CEDLA, Amsterdam, pp. 121-130. (Una versión abreviada apareció en *Ojarsca* 40-41 (enero-febrero), 1995, pp. 13-16).

RUS, DIANE L.

- 1990 "La crisis económica y la mujer indígena: El caso de Chamula, Chiapas", e INAREMAC, *Documentos de Trabajo*, San Cristóbal, Chiapas (reproducción e offset, p. 15).

RUS, DIANE L., Y JAN RUS

- s.f. "Cambio económico e ingresos familiares en Los Altos de Chiapas: Comparación de los censos económicos de Chamula de 1976, 1989 y 1996" (preparación).

RUS, JAN

- 1995a "La Comunidad Revolucionaria Institucional: La subversión del gobierno indígena en Los Altos de Chiapas, 1936-1968", en Juan Pedro Víquez Mario Humberto Ruz (eds.), *Chiapas: Los rumbos de otra historia*, UNAM/CIESA CEMCA/UAG, México, pp. 251-277.
- 1995b "¿Guerra de castas según quién? Indios y ladinos en los sucesos de 1869", Víquez y Ruz (eds.), *Chiapas: Los rumbos de otra historia*, op. cit., pp. 145-17
- 1995c "Local Adaptation to Global Change: The Reordering of Native Society Highland Chiapas, 1974-1994", en *European Review of Latin American Caribbean Studies*, núm. 58, Amsterdam, pp. 82-91.
- s.f. "Coffee and the Transformation of Society in Highland Chiapas, Mexico 1892-1912" (en prensa).

STAVENHAGEN, RODOLFO

- 1969 *Las clases sociales en las sociedades agrarias*, Siglo XXI, México.

TOLEDO TELLO, SONIA

1996 *Historia del movimiento indígena en Simojovel, 1970-1989*, Universidad Autónoma de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.

WASSERSTROM, ROBERT W.

1976 "La distribución del ingreso y la estructura del empleo en Chamula", en INAREMAC, San Cristóbal, Chiapas.

1989 *Clase y Sociedad en el Centro de Chiapas*, FCE, México.

Comunidades tzotziles y tzeltales de Los Altos de Chi

